

no tuvo la suerte de acertar, y el leon mordió la parte de la roca en que dió la bala, como hace un perro con la piedra ó palo que lo hiere, y saltando luego con rapidez increíble, se precipitó sobre los hombres mas próximos del círculo, los cuales no osaron hostilizarlo, dejándolo escapar sin lesion ninguna.

Cuando el círculo volvió á cerrarse, vimos dentro de él otros dos leones; pero no quisimos disparar, temiendo herir á alguno de los hombres que lo formaban, por lo que pudieron escaparse tambien estas dos fieras impunemente. Si los bacatlas hubieran seguido la costumbre general del país, hubieran alcanzado á los leones en su tentativa de fuga; mas no se atrevieron á hacerlo, y viendo ya el mal éxito de la cacería, determinamos volver á la aldea.

Veníamos ya de vuelta, cuando al pie de la colina divisé á un leon sentado, como el primero, en la punta de otra roca, pero un tanto cubierto por un matorral; y hallándome á unas 30 varas de distancia, procuré asegurar la puntería al través de la espesura y descargué mis dos cañones.—«¡Está muerto!»—gritaron los que miraban, y todos quisieron acercarse.—«Esperad un poco;»—grité yo entonces, viendo la cola de la fiera removerse furiosamente erizada.—«Carguemos antes de todo, por lo que pueda suceder.»—Y me puse á cargar mi escopeta, cuando oí una gritería general. Volvíme entonces, y ví al leon precipitarse sobre mí. Yo me hallaba en una pequeña altura y haciéndome él presa por la espalda en el acto mismo de volverme, ambos viniémos á tierra. Rugiendo espantosamente á mi oído, me llevaba de un lado á otro, como hace un gato con un ratoncillo, y la caída produjo en mí una especie de estupor semejante al que debe producir en éste la primera impresion de las garras de aquel. Yo sentia, efectivamente, algo muy grave, pero sin dolor ninguno ni terror, bien que tuviera conciencia de cuanto estaba pasando: era mi estado análogo al que dicen haber experimentado los que se han visto sometidos á la influencia parcial del cloroformo, que presencian la operacion sin sentir, sin embargo, el bisturí.

La singular condicion en que me hallaba no era efecto de reflexion ninguna; era que el rudo choque me habia hecho insensible á todo temor, y por eso no consideraba el mortal peligro en que estaba entre las garras de una fiera. Este estado inexplicable se produce indudablemente en todos los animales en semejante caso; y si sucede así, como creo, es una compensacion misericordiosa que Dios ha establecido para velar los horrores de muerte tan dolorosa.

En mis esfuerzos desesperados para librarme del leon, una de cuyas garras sentia sobre mi cabeza, ví que este miraba en direccion de Mebalúe, el cual

trataba de hacerle fuego á una distancia de 10 ó 15 varas; su escopeta, sin embargo, aunque de dos cañones, era de chispas y dió falta las dos veces. Ya estaba yo perdido; pero el leon me dejó entonces, y saltando sobre él, lo hizo presa por una pierna. Otro de los que nos acompañaban, á quien habia yo salvado la vida, curándole las heridas que le hiciera un búfalo, intentó á su vez alcanzar al leon mientras mordía á Mebalúe; pero entonces la fiera dejó á éste y tomó á aquel agarrándolo por la espalda.

Por fortuna el leon estaba mal herido, y las balas que llevaba en su cuerpo produjeron su efecto en aquel último esfuerzo y cayó exánime en tierra.

Todo esto fue cosa de breves momentos, y sus esfuerzos supremos debieron ser el paroxismo de su furiosa agonía.

Con objeto de librarse del maleficio que el cuerpo de la fiera pudiese encerrar, los bacatlas hicieron el dia siguiente una hoguera sobre su cadáver el cual era, segun dijeron, el mayor que hubieran visto en su vida.

En cuanto á mí, ademas de romperme el hueso, me hizo once heridas en la parte superior del brazo. La herida causada por los dientes del leon, se asemeja á la del arma de fuego: produce inflamacion y supura en gran abundancia, y la parte lastimada se resiente despues periódicamente molestando al paciente con agudos dolores. En aquella ocasion vestia yo un traje de tela escocesa, y ésta absorbió sin duda todo el virus ó baba del leon, cuyos dientes desgarraron mis carnes; porque mis dos compañeros sufrieron los padecimientos consiguientes, mientras que yo me salvé sin otra consecuencia que la imperfeccion de mi brazo. El cazador herido por la espalda me enseñó su herida abierta otra vez en el mismo mes del año siguiente: es un hecho que merece la atencion de los hombres de ciencia.

Las tribus becuanas toman sus denominaciones de algunos animales, lo que viene á demostrar que les daban culto antiguamente como los primitivos egipcios. Así, pues, *bacatla* significa los del mono; *bacueña* los del cocodrilo; *ballapi* los del pez, y cada tribu respeta con temor supersticioso al animal de su nombre, por cuya razon no lo come nunca.

Se encuentran, además, vestigios de muchas tribus, que ya no existen en el país, tales como los *bataus*, ó los del leon; los *banogas*, ó los de la serpiente.

Yo me adherí á la tribu llamada *bacueña*, cuyo jefe, llamado Sequele, residia entonces con su pueblo en Chocuana. Desde luego me sorprendió la clara inteligencia de este cacique y las mutuas simpatías que á los dos nos atraian. Como este hombre, no sólo abrazó el cristianismo, sino que tambien favoreció mi mision cerca de su tribu, me parece oportuno hacer una

breve reseña histórica de sus principios y carácter.

Su bisabuelo Mawasele fue un afamado viajero y el primero que habló á los bacueñas de los hombres blancos. En vida de su padre, dos europeos (que en mi sentir, serian el doctor Cowau y el capitán Donovau) atravesaron el país en 1808, y siguiendo el curso del Limpopo fueron víctimas de la fiebre con toda su comitiva. Los sabios en el arte de producir lluvias de que hablaremos despues, temiendo que los carros que llevaban ahuyentaran las nubes, los arrojaron al río; y hé aquí la historia de aquella desgraciada expedicion, que me refirió el hijo del cacique, el cual se acordaba todavía de haber comido carne de sus caballos, cuyo sabor comparaba al de la cebrá.

Cuando Sequele era niño todavía, su padre, que tambien se llamaba Mocoasele, fue asesinado por su propia tribu, por razon de haberse apropiado las mujeres de sus próceres; pero habiendo perdonado la vida á sus hijos, sus amigos invitaron á Sebituana, cacique de los macololos, á que les restituyera su antigua dignidad.

Sebituana rodeó de noche la ciudad de los bacueñas y al rayar el dia proclamó en alta voz que iba á vengar la muerte de Mocoasele, siguiéndose á esta intimacion una gran algazara entre los suyos, ruido que aumentaron los golpes de sus escudos.

El terror de los sitiados fue con esto indecible, y se precipitaron en fuga, esponiéndose inconsideradamente á las flechas de sus enemigos que caian sobre ellos con admirable acierto. Sebituana habia mandado previamente respetar las vidas de los hijos del cacique difunto, y uno de los macololos, que encontró á Sequele, no discurrió mejor medio de asegurarlo, que darle un mazazo en la cabeza dejándolo en tierra sin sentido.

Tomada la plaza, el usurpador fue condenado á muerte, y repuesto Sequele en su dignidad hizo alianza con Sebituana.

Sequele tomó por mujeres á las hijas de tres de sus magnates, los cuales por razon de parentesco, le habian sido fieles en su desgracia. Estos enlaces son medios políticos para asegurar la fidelidad de las tribus. El gobierno de ellas es patriarcal, siendo cada padre jefe de sus propios hijos, que construyen sus albergues al rededor de la choza de aquel, cuya importancia crece en proporcion de su prole: por eso se tiene por dicha la fecundidad del matrimonio. Hacia el centro de cada choza hay un sitio llamado *kolla* con su hogar correspondiente, donde se une toda la parentela á trabajar, comer y conversar. Los pobres se agregan á los kotas de los ricos, quienes los tratan como á sus propios hijos. Uu magnate tiene cierto número de aquellos alrededor del suyo, y el conjunto de kotas que rodean al principal, que es el del cacique, constituye la ciudad.

Cuando hice conocimiento con Sequele se hallaba ya en posesion de su jefatura, y la primera vez que hube de celebrar públicamente un oficio religioso, me hizo saber que era costumbre entre ellos hacer las preguntas que se les ocurrian cuando se les presentaba alguna cosa nueva, suplicándome le permitiera observar la costumbre. Manifestéle yo la buena voluntad en que me hallaba para satisfacerlo, y me preguntó entonces si mis mayores habian creido tambien en un juicio futuro. Contestéle afirmativamente, y le referí despues la historia de la Creacion segun nuestra creencia. «Me has espantado, (dijo interrumpiéndome, Sequele.) Tus palabras me hacen temblar. Pero dime; viviendo mis mayores al mismo tiempo que los tuyos ¿cómo es que estos nada les dijeron de estas cosas, consintiendo que murieran en las tinieblas sin saber lo que iba á ser de ellos?»

Contestando á esta pregunta, le espliqué las dificultades geográficas que impedian el paso por el Norte de su país y los adelantos que se iban haciendo por el Mediodía, y le manifesté mi profunda creencia y esperanza de que, segun las promesas de Jesucristo, la luz del Evangelio llegaria á alumbrar la conciencia de todo el mundo. Entonces señaló el cacique el gran desierto de Calahari y me dijo:—«Nunca podrás atravesar aquella tierra para enseñar á las tribus que viven á la parte de allá; ni á nosotros nos es posible hacerlo, sino en ciertas épocas en que la lluvia es mas abundante, con la cual hay gran cosecha de sandías que suplen el agua y sin cuyo auxilio pereceríamos, por bien que conozcamos la tierra.»

Nuestra conferencia concluyó volviendo yo á asegurarle la infalibilidad de las palabras del Redentor, y ya se verá como no fue por fortuna infructuosamente.

Luego que este cacique tuvo ocasion de instruirse, se dedicó á la lectura con grande aplicacion, pues siendo delgado por efecto del ejercicio de la caza, llegó á ponerse casi obeso en su nueva vida sedentaria. Mr. Owell le dió la primera leccion por medio de figuras, y aprendió el alfabeto el primer dia de mi estancia en Conuana. Tenia, en efecto, una inteligencia superior al comun de los indígenas, y cada vez que yo iba á su ciudad me leia algunos capítulos de la Biblia. Isaias era su favorito, y solia hablar de él en los mismos términos que el profesor de griego en Glasgow, sir D. K. Sandford respecto de San Pablo: *Pablo era un buen hombre*, decia. *Buen hombre era Isaias*, decia Sequele.

Tal era el afecto que me profesaba este cacique, que siempre me ofrecia algo de comer cuantas veces iba á su casa, y viendo mi solicitud y ansiedad porque su pueblo creyera en Jesucristo, me dijo en cierta ocasion: «¿Crees que esta gente habia de creer en

Jesús sólo por tu palabra? Sólo por el castigo puedo hacer carrera de ellos. Pero si quieres, convocaré á mis magnates, y á latigazos haremos que crean todos de una vez.» La idea de emplear los medios de persuasión para convertir á sus súbditos, le sorprendía de un modo singular, y en su concepto debían creerse muy felices en hacerse cristianos por su mandato.

El cacique prosiguió por espacio de dos años y medio dando á conocer á su pueblo su fé en el Evangelio; y cuantas veces se habló sobre el particular, salió siempre á su defensa, observando á la vez sus preceptos en todos los actos de su vida. Comprendiendo las dificultades de su situación mucho antes que á mí se me ocurrieran, me decía con frecuencia: —«Mucho me hubiera alegrado conocerte antes de haberme acomodado á las costumbres de este país.» Y en efecto, ¿cómo había de espulsar á sus mujeres, sin ingratitud para con sus parientes ni peligro para consigo mismo?

Esperando que algunos lo imitaran en su adhesión al cristianismo, me suplicó fuera á su vivienda á celebrar en su compañía los oficios religiosos privados; y habiéndolo hecho así, me admiraba de ver cuán bien dirigía el rezo al poco tiempo, en su propio estilo lleno de sencillez y belleza. En aquel tiempo nos hallábamos sufriendo los efectos de una terrible sequía de que hablaré despues, y nadie, fuera de su familia, á la que mandaba se aguardase, se acercaba al sitio en que hacía sus devociones. —«En otros tiempos (solía decir) cuando un cacique era aficionado á la caza, todos buscaban perros y se daban con pasión á las cacerías; si tenía afición á la música, á la danza ó á la bebida, mostraban todos la misma afición, y ahora que yo amo la palabra de Dios, no hay nadie que quiera seguirme.» Una de las causas de que no hubiera hipócritas cortesanos en esta ocasión, era el hambre que produjera la sequía, que atribuía la tribu á la predicación del Evangelio: sabido es que la hipocresía no acepta nada que le produzca el menor padecimiento.

Todavía continuó Sequele cerca de tres años haciendo profesión de sus nuevas creencias; pero comprendiendo yo al fin las dificultades que se le ofrecían, y teniendo también compasión de sus pobres mujeres, que en su mayor parte eran de lo más aventajado que tenía en la escuela, no quise que se precipitara aquel en recibir el bautismo, y por consiguiente á despedir á todas sus mujeres, menos una. Por otra parte, su principal mujer era la menos á propósito para acompañarlo en su nueva vida, no pudiendo esperarse de ella sino una continua reincidencia en los errores de su antigua creencia. Según me han dicho, se ha perfeccionado mucho; pero yo he visto que Sequele la hizo salir muchas veces de la iglesia para que se vistiera de un modo decoroso, lo cual le pro-

ducía gran repugnancia á las ideas que se le querían inspirar, repugnancia que ella no procuraba ocultar, por cierto.

Por fin, vino un día Sequele á rogarme que lo bautizara. Yo le pregunté sencillamente cómo creía él que debía obrar en este caso, como quiera que tenía una Biblia y podía leer en ella y comprenderla. Entonces volvió á su vivienda, dió á cada una de sus mujeres sobrantes un vestido nuevo y todos los efectos de su propiedad que ellas guardaban en sus respectivos aposentos, y las envió á sus padres, diciéndoles que no habían cometido ninguna falta á que pudiera atribuirse el repudio; que la verdadera causa era sólo la voluntad de Dios.

El día en que el cacique y sus hijos recibieron el bautismo acudió una gran concurrencia á presenciar la ceremonia, pues á consecuencia de una estúpida calumnia de los enemigos del cristianismo, creían muchos que los neófitos tenían que beber una infusión de sesos humanos; así que nuestra sencilla ceremonia los llenó de admiración. Durante el acto vi llorar á algunos ancianos de la tribu, y preguntándoles la causa me dijeron que no era otra sino ver al cacique hechizado por mis artes. De esta suposición nació naturalmente una hostilidad hacia la nueva creencia, que antes no habíamos experimentado. Todos los parientes y amigos de las mujeres repudiadas se declararon adversarios del cristianismo; la concurrencia á la escuela y á la iglesia disminuyó hasta quedar reducida á la familia del cacique; y aunque seguían tratándonos, se permitían, sin embargo, ciertas expresiones, que como decía Sequele, en otro tiempo hubieran costado la vida á los audaces.

Doloroso era, en verdad, ver tan mal recompensados nuestros esfuerzos; pero la buena semilla estaba ya arrojada, y con la ayuda de Dios es indudable que llegará á sazón, aunque nosotros no alcancemos la dicha de verlo.

Pasemos ya á otra cosa.

La creencia ó facultad de producir lluvias es uno de los artículos de fé más profundamente arraigados en este país; y el mismo cacique Sequele era uno de los más afamados en este arte, en que creía tan ciegamente que hubo de confesarme que entre todos sus errores antiguos, este fue el que más le costó abjurar en aras del cristianismo.

Yo le expliqué que la única manera posible de regar los jardines era buscar un manantial perpétuo y hacer un canal, por cuyo medio se regasen los terrenos adyacentes; y adoptando la idea el cacique, toda la tribu se dirigió hacia el Kolobeng, río situado á unos 64 kilómetros del establecimiento. La experiencia fue feliz durante la primera estación. Los indígenas hicieron el canal y sus esclusas en cambio del auxilio que yo les prestara ayudándoles á hacer



El hopo ó caza de trampa.

una casa bien proporcionada para su jefe; del mismo modo construyeron bajo mi direccion una escuela.

Nuestra vivienda junto al rio Kolobeng, que dió su nombre al establecimiento, fue el tercer edificio que construí por mis propias manos. Un herrero del país me enseñó á trabajar el hierro, en cuyo oficio me perfeccioné aprovechando las lecciones de monsieur Moffat, como tambien en la carpintería y horticultura, de modo que iba adiestrándome en todas las profesiones, ademas de las que ejercia como médico y misionero; y como mi esposa sabia hacer velas, jabon y varias clases de telas y vestidos, puede decirse que posefamos todos los elementos necesarios para la vida.

El segundo año de residencia entre los bacuenas carecimos igualmente de lluvias, y la misma sequía hubimos de sufrir el tercero. En todo este tiempo apenas cayeron 10 pulgadas, por lo cual quedó en seco el Kolobeng, y fue tal la multitud de peces que murió, que acudieron al festin todas las hienas del contorno, sin poder acabar con aquella masa pútrida.

El cuarto año no fue mas favorable, pues no cayó el agua suficiente para que madurasen los granos. Para que no se secaran los árboles frutales, procuramos ahondar el lecho del rio, pero todo fue en vano. Las agujas que se dejaron á la intemperie por muchos meses, no se enmohecieron siquiera, y toda la parte acuosa de una mezcla de ácido sulfúrico y agua que servia para una pila eléctrica, se evaporó completamente, en vez de acrecentarse como hubiera sucedido en Inglaterra. Las hojas de los árboles estaban arrugadas, aunque no del todo muertas, y las de las plantas mimosas se conservaban cerradas al Mediodía como lo están de noche.

En medio de tan espantosa sequía, era de ver á las hormigas ir y venir con su acostumbrada actividad. Habiendo introducido la cubeta de un termómetro tres pulgadas bajo tierra al sol y al mediodía, marcó de 132° á 134° de Fahrenheit, y cuando se ponian en la superficie ciertas especies de correderas, morian á los pocos instantes; pero aquel extraordinario calor no hacia mas que aumentar la actividad de las hormigas, entonces como siempre infatigables. ¿De dónde, pues, sacaban la humedad necesaria para vivir?

Nuestra casa estaba construida sobre un terreno duro y ferruginoso, con el fin de sustraernos á la invasion de las hormigas, las cuales penetraban hasta ella á pesar de la precaucion; y no solo eran bastante hábiles para reblandecer el suelo hasta convertirlo en argamasa para la construccion de sus albergues, sino que descubriéndolos, se notaba cierta humedad, á pesar de no haber rocío en la superficie y de que nuestra casa estaba á 300 varas sobre el nivel del rio. ¿Será tal vez que la fuerza vital de estos insectos les

permita combinar el oxígeno y el hidrógeno contenidos en sus alimentos vegetales hasta el punto de producir agua?

Mientras tanto continuaba la sequía, y creyendo los bacuenas que yo tenia á Sequele ligado con algun maleficio, me visitaban todas las tardes los ancianos de la tribu para suplicarme que le permitiera *hacer alguna lluvia*. El trigo morirá, me decian, si rehusas, y todos tendremos que dispersarnos. Déjalo, pues, que *haga lluvia* esta vez siquiera, y todos nosotros, hombres, mujeres y niños iremos á la escuela y á la iglesia. En vano me esforzaba en convencerlos de que mi único deseo era que Sequele obrara segun sus propias ideas acerca de lo justo y conveniente de aquella peticion, sintiendo por otra parte tener que aparecer insensible á tantos ruegos.

Las nubes se agrupaban con frecuencia sobre nosotros dándonos lisonjeras esperanzas, y los truenos parecian tambien anunciar abundante lluvia; pero á pesar de todo este aparato, nuestra esperanza se desvanecia muy luego, porque el sol venia luego á abrasarnos otra vez.

La conducta de la tribu durante esta larga calamidad fue digna del mayor elogio. Las mujeres iban con sus adornos á comprar trigo á otras tribus mas afortunadas; los muchachos recorrían el país buscando bulbos y raíces alimenticias, y los hombres se dedicaban á la caza. Con ocasion de haberse reunido gran número de búfalos, cebras, girafas, rinocerontes y otros animales en algunas fuentes inmediatas al Kolobeng, se determinó poner una trampa que llaman *hopo*. Este artificio consiste en dos estacadas puestas en forma de embudo de gran elevacion y espesura en la parte inmediata al cañon, que tiene unas 50 varas de longitud y desemboca en una especie de foso de 6 á 8 pies de profundidad por unos 12 ó 15 de anchura y otras tantas de longitud. Las orillas del foso están cubiertas de troncos de árboles, especialmente la márgen inmediata á la salida del vallado, por donde se espera á las piezas, y la del extremo opuesto por donde se supone la fuga. Pero esto es casi imposible, porque los árboles están dispuestos en forma de cobertizo sobre el foso, cuya parte restante está cuidadosamente cubierta de juncos que lo ocultan por completo.

Como las estacadas se prolongan casi siempre por espacio de una milla, y sus estremidades de entrada suelen distar entre sí otro tanto, una tribu que se estiende 3 ó 4 millas y vaya gradualmente estrechando el círculo, tiene casi una seguridad completa de obtener una gran caza. Los cazadores dirigen con sus gritos á los animales y los encaminan á la cima del *hopo*, mientras otros hombres ocultos en parajes convenientes lanzan sus dardos en medio de la grey. Los espantados animales, precipitándose por la única

abertura que ven, penetran en la estrecha calle que conduce al foso, donde uno tras otro van cayendo hasta que se llena, en cuyo caso se salva el resto pasando sobre aquella masa de cuerpos vivos y muertos.

Es un espectáculo horrible: los cazadores embriagados con el placer de la victoria, hieren á los pobres animales tan graciosos y bellos en su mayor parte, que moviéndose y removiéndose bajo el creciente peso de los que van cayendo, mueren en lastimosa agonía.

## II.

Viaje al lago Ngami.—El desierto de Kalahari y sus habitantes

Desde hace cincuenta años lo menos la situacion exacta del lago Ngami se habia designado por los indígenas que iban allí anualmente en la época en que la lluvia era menos rara en el desierto: muchas veces se ha intentado ir allá atravesando el Kalahari en la direccion indicada, pero estas tentativas han fracasado siempre aun por parte de los Griquas, que teniendo en las venas algo de sangre busmana, podian soportar la sed mejor que los europeos. Era, pues, evidente que el único medio de obtener el resultado apetecido era rodear el desierto en vez de atravesarlo.

El tiempo mas favorable para acometer la empresa debia ser marzo ó abril, época en que termina la estacion de las lluvias y en que era probable que encontráramos agua en los estanques que se secan durante el invierno.

Tres *gentlemen*, MM. Vardou, Oswell y Murray, acostumbrados al clima del Africa y apasionados á la caza, se propusieron acompañarme, encargándose de los preparativos y gastos del viaje. Ya no habia mas que partir.

Una palabra sobre el Kalahari antes de atravesarlo.

El espacio que se estiende desde el rio Orange hasta el lago Ngami, es decir, entre los 29 y 20° latitud Sur, y desde el Océano atlántico hasta los 24° longitud oriental, ha recibido el nombre de desierto simplemente, porque no se halla allí agua corriente, y el agua de manantial es muy escasa; pero no deja por eso de ostentar una vegetacion abundante y de comprender numerosos habitantes. La yerba cubre el terreno, que produce gran variedad de plantas, encontrándose tambien vastos bosques compuestos, no solo de arbustos y matorrales, sino tambien de árboles corpulentos. Es una llanura inmensa cortada en diferentes parajes por el seco lecho de antiguos rios y recorrida en todas direcciones por numerosas manadas de antílopes, cuyo organismo necesita poca ó ninguna agua. La caza de estos y otros animales de análoga especie componen el sustento de los busmanos y bacalaharis habitantes de la comarca.

El suelo es en general una formacion de arena menuda, ligeramente colorada, es decir, de sílice casi en el estado de pureza. Véense en los lechos de los antiguos rios muchos terrenos aluvionales, que endurecidos por el sol, vienen á formar remansos de agua de lluvia durante algunos meses.

Las tribus que habitan estas regiones se componen de busmanos y bacalaharis. Los primeros son probablemente los aborígenes de la parte meridional del continente, y los segundos provienen sin duda de la primera emigracion de los becuanos. Solo por su gusto viven los busmanes en el desierto; los bacalaharis se ven obligados á ello, pero un profundo amor á la libertad anima á las dos razas. Los busmanes se distinguen por su lengua sus costumbres y su aspecto, pudiendo decirse que son los únicos nómadas que se hallan en la comarca. Jamás cultivan la tierra, y no tienen animales domésticos, escepto algunos perros de miserable especie. En cambio conocen de tal modo las costumbres de los animales salvajes, que los siguen en sus emigraciones, los sorprenden y se los comen en el mismo sitio en que los cazan. A la caza, que forma su principal alimento, añaden las raíces, las habas y los frutos silvestres que las mujeres van á coger.

Los que habitan las arenosas y ardientes llanuras del desierto, son generalmente enjutos y nerviosos y capaces de soportar grandes fatigas y privaciones. Muchos de ellos son de pequeña estatura, sin tener la deformidad de los enanos. Los que se llevan á Europa han sido elegidos por su extrema fealdad, como los perros de ciertos mercaderes ambulantes; y así la idea que se tiene de ellos en Inglaterra es tan exacta como la que se tendria en Africa de los ingleses, si el mas feo de ellos se presentara allí como muestra del tipo nacional.

Habiendo salido el 1.º de junio de 1849, no llegamos á las orillas del lago Ngami, si no al cabo de dos meses de marchas y fatigas. El 1.º de agosto fue la primera vez que se ofrecia á la vista de los europeos aquella gran masa de agua, la mas meridional de todas las que hay en el interior del continente africano.

Mi principal objeto al dirigirme al lago era avisarme con Sebituané, cacique de los makololos, que habitaba á un centenar de millas mas allá. Esta vez no pude conseguirlo; pero el año siguiente hice un segundo viaje con mi mujer é hijos. A la noticia de la llegada de los blancos que venian de la otra parte del desierto para verle, tuvo á bien ahorrarnos la mitad del camino, y volvió desde lo alto del valle de Liambie, donde á la sazón se encontraba para recibirnos en Sesheké, su residencia habitual. Tendria este cacique en la época de nuestra primera visita, unos cuarenta y cinco ó cincuenta años, y era hom-